

Raúl Waleis

Clemencia

Edición, notas y posfacio
de Román Setton

la lengua y los rescates



Adriana Hidalgo editora

BajaLibros.com

ISBN 978-987-1923-36-6

la lengua / rescates

Editor: Fabián Lebenglik

Maqueta de tapa: Eduardo Stupía

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1a edición en Argentina

1a edición en España

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2012

Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301

(1054) Buenos Aires

e-mail: info@adrianahidalgo.com

www.adrianahidalgo.com

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial.

Todos los derechos reservados.

Criterios de la edición

El texto que aquí presentamos es la primera reedición de *Clemencia*, la segunda novela policial escrita en castellano y continuación de la primera, *La huella del crimen*, cuya publicación hemos realizado en 2009. Con esto completamos nuestro proyecto de poner a disposición del público la narrativa policial de Raúl Waleis (seudónimo literario y anagrama de Luis V. Varela). Luego de casi un siglo y medio desde su única publicación en 1877, la reedición de esta novela era ya un hecho imprescindible. Estas dos novelas, iniciadoras del género en lengua castellana, permanecían totalmente fuera del alcance del público general: a su completa falta en el mercado editorial se sumaba su casi igualmente perfecta ausencia en bibliotecas públicas. Al igual que *La huella del crimen*, *Clemencia* fue publicada en Buenos Aires en el año de 1877 en la editorial Imprenta y Librerías de Mayo (dentro de la colección Biblioteca Económica de Autores Nacionales).

Para la edición, hemos seguido los mismos criterios utilizados en la reedición de *La huella del crimen*. Sin afán de innovar, hemos antepuesto a la novela una página con el título de la obra y el nombre del autor tal como figuran en la edición de 1877, con la formulación copiada de las ediciones francesas de las novelas policiales de Émile Gaboriau. Hemos unificado y modernizado la ortografía y la puntuación, y eliminado las abundantes erratas presentes en el texto de 1877. Con todo, nuestro propósito fue seguir la edición original con la mayor fidelidad posible, y por ello preservamos las peculiaridades de las variedades lingüísticas de la época así como usos concernientes al idiolecto o al estilo, a pesar de que se opongan a la normativa vigente. Así, respetamos una gran variedad de giros generalmente inadmisibles hoy en día: correlaciones temporales poco or-

todoxas, concordancias por el sentido y del verbo con sus complementos, una cantidad importante de extranjerismos (en su mayor parte galicismos), fenómenos relacionados con el uso antietimológico de los pronombres átonos (laísmo, loísmo y leísmo), neologismos, giros en otras lenguas, una mezcla de grafías y denominaciones francesas y españolas, entre otros. En suma, cierta *contaminación*, que a nuestro entender constituye una de las peculiaridades y riquezas del texto. También hemos consentido un uso anticuado y expresivo de la puntuación. La sintaxis apenas ha sido modificada: sólo se añadió alguna preposición faltante y se enmendó algún otro detalle nimio.

Convencidos de que el texto no necesita introducción alguna, hemos incluido un posfacio y una bibliografía para el lector más ávido. Tampoco hemos incorporado notas al pie, con la voluntad de no entorpecer la lectura, y ofrecemos algunas referencias indispensables en apéndice.

R.S.

Clemencia

Continuación de

La huella del crimen

Novela jurídica original

por

Raúl Waleis

Parte Primera
Rafael Meris

I

Por una preocupación semejante a aquella que atribuye al general en jefe todo el mal éxito en una batalla, la humanidad atribuye hoy a la Francia toda la responsabilidad de la conducta inmoral de la mujer europea.

¡Cuánto error hay, sin embargo, en esa apreciación! La Francia es París y París no es una ciudad.

París es un mundo. En sus boulevards, en sus paseos, en sus teatros, en todas partes, en fin, se ve al universo entero, confundiendo sus hombres, sus costumbres, sus artes y sus lenguas.

Aquel globo informe que un día hicieron los ángeles del cielo de Brahma mezclando todas las sustancias y lanzándolo luego al espacio para que sus propios elementos lo destruyeran; aquella Babel de la leyenda judaica, en que los hombres se envolvían en la confusión más despreocupada: eso es París.

La Francia geográfica y política podrá siempre llamar *su*ya a la gran ciudad donde la humanidad amontonó el tesoro de sus artes, el saber de su ciencia, el genio de sus hombres; pero cada pueblo del mundo moderno tendrá, todos los días, el derecho de decir que allí, revuelto entre las galas de aquella ciudad bulliciosa, hay una parte de su ser, dando animación y comunicando vida al conjunto.

En un bosque secular, situado en medio de ese París, está Mabilie.

Mabilie no es un edificio ni es un jardín. Es algo que participa de ambos, y que sólo se parece a sí mismo. Ocupa un espacio comparativamente pequeño, casi a un extremo de los célebres Campos Elíseos.

A poca distancia, y sobre el mismo costado del bosque, se levanta, majestuoso, el magnífico Palacio de la Industria.

¡Cuán bella es la armonía de los contrastes!

En este, se hace la exposición diaria de los productos del arte. ¡En aquel, se exhiben todas las noches la belleza y la fragilidad!

Difícil tarea sería la nuestra si debiéramos explicar lo que el mundo conoce con el nombre de *Baile de Mabilie*.

Allí no se baila. Media docena de parejas, pagadas para hacerlo, *modifican* las elegantes figuras de las cuadrillas, con saltos y movimientos, más repugnantes que lascivos.

Una ancha alameda rodea el círculo donde se baila. Allí pasean los concurrentes, oyendo las armonías que arroja al aire libre la orquesta, colocada en la glorieta que se alza en medio de aquel círculo.

Tupidos bosques, cascadas artificiales, kioscos ocultos, tiros de pistola, nigrománticas y mil otros *industriales* ocupan los contornos.

Millones de luces fantásticas, colocadas entre los árboles y las flores, iluminan ese escenario.

Centenares de mujeres, de esas que hacen de su belleza una mercancía, cubren todas las noches del verano las anchas alamedas y jardines de Mabilie.

Los viajeros, por lo general curiosos, que llegan a París en esa estación van siempre a Mabilie.

¡Ah!, ¡que el pudor no tiña el rostro del lector! Desde la doncella más tímida hasta la casada más honesta, todas las mujeres pueden permanecer en aquel recinto sin temor de ser ofendidas... siempre que vengan acompañadas de algún caballero.

Ningún hombre se atrevería a dirigirlas una palabra si antes *ellas* no provocaban su audacia con la sonrisa o con la mirada.

Un baile en Mabilie recuerda las mascaradas de América.

La careta de seda que cubre la faz de la dama americana hace que el hombre no se dirija a ella porque ignora quién

es. La máscara de impudencia que cubre el rostro de las mujeres de Mabilie hace que ningún hombre honesto las conozca.

La noche en que comenzamos este relato, entre ese torbellino de criaturas más o menos bellas, más o menos jóvenes, que concurren a aquella feria innoble, hay una que se distingue por su porte, por su moderación y por su espléndida hermosura.

Clemencia –así se llama– es una niña de veintidós años llena de gracias y de encantos.

Una ondeada cabellera, negra como el ébano, limita su frente elevada, envolviendo en la noche de su cabello una cabeza pequeña, admirablemente asentada sobre dos hombros torneados, a los que la une un cuello de marfil pulido.

Dos ojos negros, como aquellos que encendieron en Byron la poesía y el amor, velados por pestañas sedosas, a las que prestan armonía dos cejas artísticamente dibujadas, adornan y dan vida a un rostro bellísimo, en cuya boca pequeña parece que las hadas depositaron la fuente del deleite.

Aquellos labios húmedos, frecuentemente desplegados por una sonrisa nerviosa, sólo se entreabren para dejar escapar un suspiro, que, al perderse en las ondas de la atmósfera, se lleva consigo el misterio del pensamiento que lo inspira.

Clemencia viste el traje típico de la *cocotte* francesa; ese traje que el mundo extranjero toma, en todos los pueblos latinos, como un modelo del atavío de la mujer elegante.

Y es natural. Nadie como esas criaturas, más desgraciadas que culpables, ha sabido *imponer* a la moda los encantos del vestido.

En la necesidad de mostrar sus formas, sin ofender al pudor, en la necesidad de inspirar pasiones, sin provocarlas, esas mujeres han ajustado la tela a su cuerpo, dejando que aquello que los ojos no perciben la imaginación lo dibuje. Han hecho como el audaz escultor que cubrió con un velo

de piedra, casi transparente, el rostro de la estatua de mármol que adorna un ángulo de la sala baja del Luxemburgo.

Esa noche, una de las primeras del verano de 1876, estaban en Mabille dos jóvenes americanos.

Uno era un médico, lleno de inteligencia y de talento, que había representado un papel humilde en la última revolución política de su país, la República Argentina.

El otro era Rafael Meris.

En el momento en que nuestra narración comienza, una pareja de damas se acercó a ellos, que ocupaban un banco hacia la entrada del jardín.

Los extremos se tocan, y los contrastes se buscan. Aquellas dos mujeres eran dos bellezas opuestas. Una de ellas, a quien ya conocemos, morena y de mediano talle, de fisonomía poética y soñadora, tenía los ojos negros y melancólicos, como las noches de la Arabia Desierta.

Su compañera, de cabellos rubios y suavemente ondeados, era blanca y delicada como las flores del norte. El azul turquí de sus ojos pensativos recordaba el dulce cielo de Italia, y su esbelto talle, la gentil palmera de las soledades de la Judea.

Clemencia, la morena, vestía un humilde traje de tafetán claro. María, la rubia, arrastraba una falda de riquísima seda.

—¡Ah!, ¡gran embustero! —dijo María golpeando el hombro del amigo de Rafael—. ¿Conque así me engañas?

—No te engaño —replicó el interpelado—. Estoy enfermo. Sólo he venido por acompañar a este compatriota que ha llegado a París esta mañana.

—¿Sois vos también americano? —preguntó María a Rafael.

—Sí, señorita; soy argentino.

Rafael no conocía a Clemencia ni a su amiga, pero notó la sorpresa que causó a aquella el oír llamar *señorita* a su compañera.

El joven americano no estaba acostumbrado a aquel mundo, que tiene su lenguaje especial. Clemencia debió

comprenderlo al instante.

El amigo de Rafael explicó a aquellas mujeres la conducta de este. Luego dijo a su compatriota que en Francia era costumbre tutear a las mujeres de Mabilie.

Clemencia miraba con cierto temor, mezclado de cariño, a Rafael.

La conversación fue breve, animada, pero banal. Aquellas cuatro personas formaban un contraste completo. María y el médico eran joviales y alegres. Rafael y Clemencia eran melancólicos y poco expansivos.

No hablaban: se miraban en silencio.

La situación para ellos era cada vez más difícil. Clemencia no quiso prolongarla. Manifestó apuro

por alejarse, y consiguió arrastrar a María al otro extremo del jardín, no sin que esta comprometiese antes al joven médico a que la esperase a la salida.

Era su querida.

Algunas noches después, el sábado siguiente, Rafael volvía a Mabilie. Tocábale el turno de hacer de *cicerone*. Varios compatriotas habían comido juntos en el *Petit Moulin Rouge* y, estando cerca de Mabilie, resolvieron ir a pasar allí el resto de su noche, pues quedaban lejos de casi todos los teatros.

Mabilie, por orden de la policía francesa, se cierra a las doce y media de la noche.

A eso de las diez, Clemencia pasó, por centésima vez, delante de Rafael y de sus amigos.

Iba siempre con su inseparable compañera María. Parece que esta vez se decidió a violentarse, pues

se detuvo, le miró, se puso colorada y, con una voz en que la emoción se revelaba, le dijo:

—¡Ah! ¡El americano malo ! (*L'Americain méchant!*), no me habéis querido saludar.

—He seguido la costumbre, hija mía —dijo Rafael sonriendo.

—Pero vos sois habitualmente atento.

–Es verdad, pero me voy *européizando*. Sin embargo, ¿cómo sabes que soy habitualmente atento?

–Me lo han dicho.

–Luego, ¿tú te has ocupado de mí?

–¡Oh!, más de una vez.

–Te habrán dicho que soy un hombre raro, de ideas extravagantes, inútil completamente para estas fiestas.

–Algo de eso me han dicho, pero no lo creo. Vuestra presencia aquí me lo prueba.

–Hago estudios fisiológicos y psicológicos.

–¿Qué estudiáis?

–La mercancía de este mercado. Veo tanta mujer joven, hermosa, llena de vida y de talento, y me pregunto a mí mismo por qué están aquí.

–¡Oh! ¡No procuréis rasgar el velo!

–¿Qué?, ¿no tenéis en vuestra alma sentimientos que dominan la materia? ¿No tenéis un hogar, una madre a quien respetar?

–¡Misterio! ¡Misterio! No interroguéis a los muertos. Aquí no hay mujeres que aman y que buscan el placer; hay sólo máquinas construidas para el vicio o para el comercio.

–¿Qué quieres decir, infeliz?

–Estáis ciego, mi americano malo. Creéis que no tenemos alma, que no tenemos hogar, y no sois capaz de leer en la mirada.

Las palabras de Clemencia iluminaron a Rafael. Quiso sorprender en sus ojos esa mirada que debía saber leer, y no pudo hacerlo. Dos lágrimas la ocultaban bajo ese velo líquido, opaco, que sólo se iguala al que cubre la pupila del moribundo.

–¡Clemencia!, ¿tú lloras? –dijo Rafael sorprendido.

–¡Es una locura! Nubes que pasan. ¡Eh!... ¡Adiós! ¡A gozar!

Y sin que Rafael pudiese retenerla, la niña huyó precipitadamente.

El joven intentó seguirla. Aquella lágrima aparecida tímidamente en los ojos de una mujer de Mabilie debía tener una historia.

Logró alcanzar a la joven, pero todo fue inútil. Clemencia le huía y no quiso volver a hablarle.

II

Rafael Meris es un joven de treinta años.

Su figura distinguida revela en él al hombre de raza. De gallarda presencia, delgado, elegante, sin pretensión y maneras aristocráticas, al verle pasear por París, diríase que es el descendiente de alguna noble casa europea.

Sin embargo, Rafael es sólo un repúblico sudamericano.

La barba rubia que rodea su rostro y dos grandes ojos azules prestan armonía y dulzura a aquella fisonomía simpática.

Su vida, llena de emociones y de desencanto, ha impreso en ella ese dulce tinte con que la melancolía suaviza los colores vivos de la tez morena.

Hombre de pasiones nobles, patriota y demócrata, Rafael ha figurado como actor en los acontecimientos políticos que han conmovido al Río de la Plata durante los últimos diez años.

No obstante, la política no es su vocación.

Amante del estudio más por ambición de llegar a lo desconocido que por deseo de ser sabio, formado en la escuela del trabajo diario, que enseña a ser fuerte; solo, independiente en el mundo, sin vínculos que le esclavicen a un pasado, ligando a él sus procederes actuales: Rafael ha ilustrado su cabeza con el conocimiento de la ciencia extraña, educando su espíritu con la madurez de las reflexiones propias.

Aunque joven todavía, y naturalmente amigo de la juventud, los pesares han labrado tanto su existencia que puede decirse que una vejez anticipada ha invadido su espíritu.

Perdido en él el equilibrio de las organizaciones normales, Rafael lleva por el mundo una alma helada dentro de

una cárcel llena de fuego.

Rafael no es escéptico. Es espiritualista.

Cuando ve esos libertinos, que se suicidan lentamente, fatigando su cuerpo con los placeres y gastando sus fuerzas en la orgía, suele compadecerles exclamando:

–¡Insensatos! Vosotros no conocéis la dicha.

¡Habláis de vuestras pasiones en medio de carcajadas, y no sabéis que el sentimiento es silencioso!

Un día, un amigo de Rafael le acusaba de haberse convertido en propagandista de la moral, con más severidad que los frailes reclusos.

–Esos son rumores que hacéis correr vosotros los calaveras –contestó Rafael–. Yo tengo mis ideas: vosotros las vuestras. Gocemos cada uno según las inclinaciones de su espíritu.

–La diferencia, sin embargo, es muy grande –replicó el amigo–. Yo gozo, y tú no.

–Ahí está tu error.

–Es imposible gozar sin sentir emociones, y tú no las sientes.

–No sé si las siento, ni lo discuto. Pero cuando veo que una vejez prematura se aproxima, y se hiela en mi labio la sonrisa, y se debilitan en mi alma las pasiones, encuentro que aún puedo ser feliz, porque siento que la fuente del sentimiento no está agotada... ¡Puedo llorar!

–¿Y es ese tu placer?

–Tú me niegas que tenga yo emociones y te contesto a ese respecto. El sabor del dolor se siente todavía cuando el hombre puede traducir en una lágrima las sensaciones de su espíritu.

El contendor no insistió.

Lo que Rafael decía a su amigo era la verdad. Su carácter, excesivamente sensible, le producía el placer purísimo de las almas grandes: ese placer que no se traduce en el goce de los sentidos, y que sólo comprenden aquellos que tienen un corazón capaz de latir por el dolor ajeno.